

# ¿Qué es la ecología política?

## Una vía para la esperanza en el siglo XXI<sup>1</sup>

### Resumen

En el presente artículo se hace una reflexión en torno a la ecología política como ideología que aporta una visión crítica, transformadora y global que vincula permanentemente los aspectos ecológicos y sociales. Para ello, se explora en primer lugar la génesis de la ideología verde para pasar seguidamente a analizar la crisis ecológica de nuestro tiempo. Todo ello nos llevará a abordar el marco teórico y conceptual de la ecología política para entender sus pautas ideológicas básicas. Finalmente se ubicará la ecología política en el tablero socio-político, permitiéndonos presentar sus grandes orientaciones políticas y estratégicas.

Florent  
Marcellesi

Organización  
Bakeaz

En el mundo entero, el movimiento ecologista reúne a muy diversos movimientos sociales y políticos, como asociaciones, partidos, organizaciones no gubernamentales, plataformas ciudadanas, activistas, etc. Parte de ellos, principalmente los que buscan una transformación de la sociedad o de las instituciones, se refieren a la “ecología política” o “ecologismo político” para definir su ideología común<sup>2</sup>. Mucho se ha debatido acerca de si la ecología política se puede considerar como ideología o si representa un conjunto de valores que, además, se pueden incorporar a —es decir, pueden *reverdecer* y actualizar— otras ideologías reconocidas y asentadas. En este artículo, siguiendo los pasos de Andrew Dobson, se establece la hipótesis de que se puede describir y evaluar la ecología política como “un conjunto de ideas con respecto al medio

<sup>1</sup> Los apartados 1, 3 y 4 de este artículo se basan en una adaptación y actualización de la publicación Marcellesi (2008).

<sup>2</sup> En España, existe otra aceptación del término *ecología política*, entendido como el estudio de los conflictos ecológico-distributivos locales o internacionales derivados del acceso de diferentes actores a los recursos naturales y servicios ambientales y, a la vez, los derivados de las cargas de la contaminación. Véase por ejemplo autores como Joan Martínez Alier (2005), organizaciones sociales como el Observatorio de la Deuda en la Globalización o la revista *Ecología Política*: <http://www.ecologiapolitica.info/>

Florent Marcellesi

ambiente, las cuales pueden ser consideradas propiamente como una ideología: la ideología del ecologismo” (1997: 21). Más concretamente, la ecología política conforma una *ideología global* que responde a las tres características que plantea Dobson.

En primer lugar, (las ideologías) deben promover una descripción analítica de la sociedad: un *mapa* compuesto por puntos de referencia que permita a sus usuarios orientarse en el mundo político. Como segunda característica, deben prescribir una forma particular de sociedad empleando creencias acerca de la condición humana que sostiene y reproducen opiniones acerca de la naturaleza de la sociedad prescrita. Finalmente, deben proporcionar un programa de acción política, o mostrar cómo llegar, desde la sociedad en que vivimos actualmente, a la prescrita por la ideología en cuestión (1997: 23).

En este sentido, a pesar de ser todavía muy desconocida en España, y a menudo reducida a uno de sus componentes como es el *ecosocialismo*<sup>3</sup>, la ecología política se entiende como un sistema de pensamiento político global y autónomo que responde a unas necesidades históricas concretas. Para analizarla más en profundidad desde este enfoque, exploraremos primero la génesis de la ideología verde, sus cuestionamientos existenciales y sus mitos fundacionales. Segundo, analizaremos más detalladamente lo que hoy llamamos crisis ecológica, es decir el conflicto que opone hoy día la Humanidad y la Naturaleza. Tercero, abordaremos el marco teórico y conceptual de la ecología política para entender sus pautas ideológicas básicas. Allí presentaremos la ecología política como una crítica transformadora de la sociedad productivista y como acción política en busca de sentido y radicalidad democrática. Por último, la ubicaremos en el tablero socio-político, lo que nos permitirá presentar sus grandes orientaciones políticas y estratégicas.

<sup>3</sup> Puesto que es una crítica principalmente no marxista de una *superideología productivista*, planteo que *la ecología política no es reducible o asimilable al ecosocialismo*. Sin embargo, tampoco se trata de llegar al otro extremo y negar que la ecología política y el ecosocialismo comparten puntos de encuentro en torno a la crisis ecológica –la lectura del manifiesto ecosocialista de 1989 deja patente la amplitud de acuerdos-. Al contrario, considero que el ecosocialismo comparte suficientes fundamentos antiprodutivistas con la ecología política para que se produzca un acercamiento cada vez mayor en torno a la matriz antiprodutivista y para que el ecosocialismo se pueda considerar como una corriente interna del ecologismo político, al igual que el ecopacifismo, el ecofeminismo o el medioambientalismo. Para una discusión más en profundidad en torno a esta cuestión, véase el apartado “Ecología política y (eco)socialismo”, en Marcellesi (2008).

## 1. La génesis ecologista

En comparación con las ideologías dominantes de los siglos XIX y XX, se puede considerar la ecología política como una ideología joven. Como veremos en este apartado, a pesar de una larga trayectoria de movimientos de defensa de la naturaleza desde la primera revolución industrial, el nacimiento del ecologismo como ideología se ubica más bien en la década de los sesenta, con un punto de inflexión fundamental en los acontecimientos de 1968. Porque mientras que los defensores de la naturaleza del siglo XIX se quedaron principalmente en consideraciones estéticas sin criticar el trasfondo cultural y estructural de la crisis ecológica que se avecinaba, el ecologismo se interroga sobre el *progresismo*, como postulado no criticado y como legitimación, casi tautológica, de la conducta de las sociedades industriales modernas. Al introducir el concepto de *supervivencia humana* (en condiciones dignas y civilizadas), la ecología política desarrolla un análisis crítico del funcionamiento y de los valores de nuestras sociedades industriales y de la cultura occidental. Para que nazca un conjunto ideológico holístico y coherente, esta crítica del industrialismo y de la modernidad precisa superar la visión romántica de la naturaleza y la cosmovisión cartesiana y determinista. Además, para convertirse en un movimiento aglutinador, necesita unos mitos fundacionales cuyas referencias y valores permitan que las diferentes corrientes de la familia ecologista se sientan identificadas con un sustrato común.

### 1.1. De la estética a la supervivencia

Las primeras huellas de movimientos organizados en pro de la conservación de la naturaleza se pueden encontrar en la segunda mitad del siglo XIX en Inglaterra, y por extensión en todo el Imperio británico. No es de extrañar que la explotación abusiva de la naturaleza por parte de la incipiente industrialización creara entonces un espacio favorable para el desarrollo de las ciencias naturales. Sin embargo, mientras que el movimiento ecologista se caracterizará a partir de los años sesenta por su carácter social transformador, el concepto de *protección de la naturaleza*

Florent Marcellesi

hace referencia entonces sobre todo a valores estéticos y románticos<sup>4</sup>. En este sentido, estas reivindicaciones no se vuelcan en contra de la sociedad moderna, de sus valores intrínsecos y de su sustrato industrial. Si excluimos las aportaciones de socialistas minoritarios como John Stuart Mill o William Morris, o la actividad de movimientos “anti-maquinistas” como el *ludismo* a principios del siglo XIX, las diferentes crisis vividas encuentran respuestas en herramientas socioeconómicas basadas en la búsqueda del crecimiento, la tecnología y el dominio continuo de la naturaleza. Al igual que lo fue el *New Deal* en Estados Unidos para salir de la Gran Depresión de los años treinta, el fin de la Segunda Guerra Mundial abre las puertas a los Treinta Gloriosos, estas tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial (*grosso modo* de 1945 a 1975) y en las que se edifican los Estados del bienestar occidentales, basados en una visión *fordista* de la sociedad y una producción y consumo de masa (Viveret, 2002: 17). Enmarcada en una dialéctica desarrollista y una competencia geopolítica a ultranza entre el bloque capitalista y el comunista, esta dinámica se suma a un esfuerzo mundial sin precedentes al servicio de la idea de “progreso”. Por ejemplo, en el bloque occidental, Rostow plasma las fases deterministas por las cuales tendría que pasar cualquier economía en su camino del subdesarrollo hacia el desarrollo: a la sociedad tradicional no le queda más remedio que “despegar” para adentrarse en el camino “del progreso hacia la madurez” y entrar *por ende* en “la era del consumo de masas” (1961).

En este contexto donde la racionalidad económica de Occidente se erige en “creencia cuasi-religiosa” (Grinevald, 1996: 30), la “protección de la naturaleza” se plantea como un ajuste al margen de la ideología dominante que ensalza la modernidad y como una cruzada moral a favor de la estética y la conservación del entorno natural y de la vida salvaje. En torno a los años sesenta, el ecologismo incipiente da un giro coperniano para centrarse en el entorno humano con un tema radicalmente nuevo: la supervivencia de la especie humana. A diferencia de los enfoques conservacionistas, el término *supervivencia* introduce el sentimiento de crisis, de temporalidad, de debilidad, y la concepción del ser humano

<sup>4</sup> Durante la segunda parte del siglo XIX varios centenares de sociedades de historia natural se dedican a la práctica y contemplación del campo, y se legisla para proteger la estética de los paisajes con la creación por ejemplo de parques naturales en Estados Unidos o en el Imperio británico. El final del siglo XIX está marcado también por el fuerte papel desempeñado por la lucha conservacionista contra el maltrato animal y en particular contra las masacres de aves para usar sus plumas en la moda femenina.

como parte integrante de la biosfera. En su obra *Primavera silenciosa*, considerada como precursora del ecologismo, Rachel Carson plantea que el ser humano está en interacción permanente con su medio ambiente. Utilizando un discurso científico, recuerda que no puede extraerse de él –ni siquiera garantizar una supremacía sobre la naturaleza– sin sufrir las consecuencias inmediatas y a largo plazo (Villalba, 2005). Nicholas Georgescu-Roegen, el padre de la bioeconomía, lo resume de manera aún más cruda y polémica: “Cada vez que producimos un automóvil lo hacemos a costa de una reducción del número de vidas futuras” (1996).

Justamente la bioeconomía ataca las bases de la racionalidad moderna, caracterizada por el papel de la ciencia económica moderna y forjada en el paradigma mecanicista. En otras palabras, la teoría económica sigue viviendo en los principios del siglo XIX marcada por la atemporalidad y no ha incorporado la revolución de la termodinámica y de la biología que introducen un concepto central: la *irreversibilidad* (Georgescu-Roegen, 1996: 352-353)<sup>5</sup>. Esto significa que las actividades humanas se desarrollan alimentándose a costa de la disipación “irreversible” de *baja entropía*, lo cual marca el límite físico de las sociedades industriales. En el terreno ético y ante la crisis ecológica, Xabier Etxebarria apela a distanciarse del “antropocentrismo tecnocrático” –nacido en la edad moderna occidental con el papel destacado de Descartes–, donde la naturaleza es sobre todo el objeto propuesto para nuestro dominio, para nuestro provecho, gracias a la tecnociencia, fuente de la felicidad de los seres humanos (1994: 2). No sólo “el hombre es un lobo para el hombre”, sino también para la naturaleza y su biodiversidad, sustrato imprescindible de su reproducción en el corto y largo plazo. Retomando el concepto de Vladimir Vernadsky<sup>6</sup>, el ser humano se ha convertido en una “fuerza geológica planetaria” que, según unos principios intocables de modernidad y progreso, es capaz de provocar su propia extinción, lo que llevaba a Georgescu-Roegen a un pesimismo impactante: “Tal vez el destino del ser humano sea una vida breve, más febril, excitante y extravagante en lugar de una vida larga, vegetativa y monótona” (1996).

<sup>5</sup> Estas observaciones llevan a Georgescu-Roegen a establecer una *cuarta ley de la termodinámica*, que afirma que la materia, al igual que la energía, está sujeta a la entropía: *Matter matters too*. Según esta ley, la materia también se degrada de manera irreversible y no es totalmente reciclable.

<sup>6</sup> Minerólogo y geoquímico ruso-ucraniano (1863-1945), Vladimir Vernadsky elaboró el concepto de *noosfera*. También definió la ecología como la ciencia de la biosfera. Véase, por ejemplo, *La biosfera* (1997; ed. orig. 1926).

Florent Marcellesi

Frente a estos riesgos inherentes a las sociedades desarrollistas, se trata por tanto de superar la dialéctica y oposición clásica entre cultura y naturaleza a través de una “nueva alianza” entre seres humanos y naturaleza, según la cual las sociedades humanas no viven fuera de los ecosistemas sino que pertenecen al mundo natural con el cual mantienen una relación viva, retroactiva y dinámica (Prigogine y Stengers, 1983).

### 1.2. 1968 y otros mitos fundacionales del ecologismo

En la lucha ecologista, el año 1968 marca un punto de inflexión o –utilizando la terminología de la teoría del caos, más adecuada al estudio de la biosfera que el paradigma mecanicista– un punto crítico. En diferentes partes del planeta, las revueltas juveniles se componen de una masa heterogénea de perfiles sociológicos donde conviven pacifistas, feministas, artistas, libertarios, medioambientalistas o autogestionarios en contra de la cultura del progreso ilimitado, consumista, jerárquico y patriarcal. En el abanico de los movimientos por la autonomía destacan también los militantes que redescubren el mundo rural, que vinculan los términos *ecología* y *comunidad* e inician un retorno a la tierra con prácticas y técnicas alternativas. Esta “revolución mundial de 1968”, en la línea del concepto acuñado por Wallerstein, marca una ruptura profunda con los movimientos de la izquierda tradicional y la aparición de nuevas aspiraciones transformadoras. Mientras surge la represión, especialmente sangrienta en México o Praga, el movimiento obrero –principalmente masculino y de funcionamiento vertical– desconoce en un primer momento estas revueltas hacia la emancipación para luego sumarse a las protestas una vez iniciadas las huelgas en las fábricas. Por ello, Gorz explica que el socialismo no tendrá mejores resultados que el capitalismo si no favorece al mismo tiempo la autonomía de las comunidades y de las personas: “La expansión de esta autonomía está en el centro de la exigencia ecologista. Supone una subversión de la relación de los individuos con sus herramientas, con su consumo, con su cuerpo, con la naturaleza” (1982). Por su parte, Iván Illich escribía en términos parecidos: “El socialismo [...] no puede venir a pie, ni puede venir en coche, sino solamente a velocidad de bicicleta” (2006)<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> En su último libro publicado en mayo de 2012 (Catarata), Jorge Riechmann nos propone una defensa del ecosocialismo como salida a la crisis parafraseando esta frase de Illich para titular su libro: *El socialismo sólo puede llegar en bicicleta*.

Según Daniel Cohn-Bendit, ayer líder del mayo de 1968 y hoy cabeza visible del movimiento verde europeo, la revolución de 1968 no se puede definir como un movimiento ecologista sino que porta las semillas y valores que posibilitarán el futuro crecimiento del ecologismo. Siguiendo este análisis, la ecología política surge como la “prolongación de las ideas de 1968” (Gorz, 2008a: 93) y constituye uno de los principales recipientes de “la revolución de las conciencias políticas, del cuestionamiento existencial” de esta época (Cohn-Bendit, 2008). Este cuestionamiento existencial nos recuerda, a través de lemas como “¡No trabajéis nunca!” o “Vivir sin tiempo muerto, gozar sin trabas”, la importancia del *disfrute* y del *placer* frente a sociedades conservadoras y ahogadas en el *trabajo-empleo* alienante<sup>8</sup>. De la misma manera, siguiendo los pasos de Keynes, que pensaba que el arte y la cultura debían primar *in fine*, Georgescu-Roegen plasma que “el verdadero producto del proceso [económico] es un flujo inmaterial: el placer de la vida” (1996), mientras que Cohn-Bendit teoriza el cambio político a través del “placer de participar en un momento histórico pero crucial” (2000: 60).

Así, 1968 marca uno de los mitos fundacionales de la ecología política, condición *sine qua non* de la construcción del imaginario colectivo ecologista. Este imaginario se plasma por ejemplo en varios documentos fundadores de la rama política del movimiento ecologista. Por ejemplo, Los Verdes mundiales insisten en la necesidad de hacer partido “con amistad, optimismo y buen humor, sin olvidarnos nosotros mismos de disfrutar en el proceso” (*Carta de Canberra*, 2001: punto 10.11). Mientras tanto, en los principios directores, el Partido Verde europeo establece sus orígenes en la suma heterogénea de movimientos medioambientalistas y antinucleares, de los activistas no violentos, feministas, a favor de los derechos humanos, del ámbito Norte-Sur y de la lucha contra la pobreza (European Greens, 2006).

<sup>8</sup> En el 15-M encontramos muchos puntos en común con el mayo de 68, empezando por los lemas. Por ejemplo, véase en mi blog “De mayo’68 al #15-M”: <http://florentmarcellesi.wordpress.com/2011/05/21/de-mayo-68-al-15-m/>

Después de 1968, la conciencia ecológica se reforzará aún más a través de varios acontecimientos que entrarán a formar parte de lo que podríamos denominar la *mitología ecologista*. Además de una serie de catástrofes ecológicas difundidas por los nuevos medios de comunicación de masas como la televisión<sup>9</sup> y tras los choques petroleros de octubre de 1973 y 1979, el hundimiento en 1985 por los servicios secretos franceses del barco de Greenpeace, el *Rainbow Warrior*, conmociona fuertemente al mundo, y al ecologista en particular. Este atentado perpetrado por un Estado para evitar que se llevaran a cabo protestas en contra de las pruebas nucleares en el atolón de Mururoa (océano Pacífico) pone de relieve, además de la impunidad de los criminales, la falta total de democracia y transparencia en la imposición tecnocrática de la energía nuclear tanto civil como militar. Apenas un año más tarde, en abril de 1986, ocurre la catástrofe de Chernóbil, que marca también profundamente las mentes y refuerza aún más el imaginario colectivo ecologista, al evidenciar la globalización y la ausencia de fronteras para los problemas ecológicos y sus repercusiones sociales. Más que nunca la lucha contra la energía nuclear, que comenzó en los años setenta, aparece como un estímulo continuo para el movimiento verde y se posiciona en el centro de sus reivindicaciones e historial activista. La catástrofe nuclear de Fukushima en mayo de 2011 ha reforzado aún más la importancia estratégica de la energía nuclear en la reflexión y acción ecologista, puesto que además confirma que ningún país, por muy disciplinado y moderno que sea, puede escapar al riesgo de accidente (Marcellesi, 2011a). Tal y como lo resume Joaquín Fernández:

Ninguna otra ha conseguido rechazos tan unánimes y contribuido tan decisivamente a la identidad ideológica y a la cohesión organizativa del ecologismo español, cuya historia es, en buena parte, la historia de la protesta nuclear (1999: 99).

Percibida como ejemplo del carácter transnacional de la crisis ecológica, como generadora de inseguridad y de una sociedad autoritaria basada en un progreso tecnológico ciego, la lucha contra la energía nuclear se ha mantenido hasta la fecha como *factor de identificación y señal de identidad de la ecología política*. En su estudio de más de cincuenta

<sup>9</sup> En particular, podríamos citar el naufragio del *Torrey Canyon* en marzo de 1967, la marea negra de Santa Bárbara en California en enero de 1969 y la enfermedad de Minamata debida a la contaminación con mercurio en Japón.

programas de partidos verdes en el mundo, Garton resalta que el “no a la energía nuclear” es una constante prioritaria –consenso único en el panorama político europeo y mundial– y que “ningún programa [verde] ni siquiera insinúa de manera encubierta que la energía nuclear podría ser aceptable como un reemplazo para los combustibles fósiles” (2008: 109).

## 2. ¿Cómo definir la crisis ecológica actual?

Como hemos visto, la ecología política basa su teoría y praxis en la reflexión y acción en la lucha contra la llamada “crisis ecológica” y en la propuesta de nuevos modelos de producción y consumo compatibles con los límites ecológicos del Planeta y la justicia y ética socio-ambiental. Pero, ¿a qué llamamos exactamente *crisis ecológica*? ¿En qué fenómenos concretos se manifiesta y qué relaciones guarda con el sistema socio-económico actual?

La crisis ecológica es principalmente una crisis de escasez: escasez de materias primas, de energía, de tierras y de espacio ambiental para mantener el ritmo de la economía actual, y aún menos extenderlo a todos los países del Sur y dejarlo en herencia a las generaciones futuras. El modo de producción y de consumo impulsado por el Norte no tiene en cuenta los límites físicos del planeta, tal y como lo deja patente la huella ecológica: si todas las personas de este mundo consumieran como la ciudadanía española, necesitaríamos tres planetas. Mientras tanto, la humanidad ya supera en un 50 % su capacidad de regenerar los recursos naturales que utilizamos y asimilar los residuos que desechamos (WWF, 2012). Por su parte, el alcance de la dominación humana y de la amplitud de la crisis ambiental que provoca, queda claro por lo menos a través de los seis fenómenos siguientes (Vitousek y sus colaboradores [en Riechmann, 2008]):

- Entre la mitad y una tercera parte de la superficie terrestre ha sido ya transformada por la acción humana.
- La concentración de dióxido de carbono en la atmósfera se ha incrementado más de un 30 % desde el comienzo de la revolución industrial.

- La acción humana fija más nitrógeno atmosférico que la combinación de las fuentes terrestres naturales.
- La humanidad utiliza más de la mitad de toda el agua dulce accesible en la superficie del planeta.
- Aproximadamente una cuarta parte de las especies de aves del planeta ha sido extinguida por la acción humana.
- Las dos terceras partes de las principales pesquerías marinas se hallan sobreexplotadas o agotadas.

En este contexto, según Lipietz (2012), incluso podemos hablar hoy de una “segunda” crisis ecológica mundial, después de una primera que sitúa durante la Gran Peste del siglo XIV. Al igual que la Gran Peste, la crisis ecológica actual tiene como origen un conflicto entre la Humanidad y la Naturaleza, a través de la relativa escasez de producción alimentaria y los peligros de su propio sistema energético para la población humana. Además, se transmite por los canales de la globalización económica y golpea civilizaciones muy diferentes aunque lo suficientemente parecidas como para poder producir y padecer efectos semejantes. Sin embargo, según el teórico francés, la crisis ecológica actual se diferencia profundamente de la crisis “exógena” de la Gran Peste (un microbio desconocido y devastador que ataca a sociedades debilitadas por un cambio climático de origen no antropogénico y la baja productividad agrícola) por ser el resultado de la dinámica social e histórica del propio modelo de desarrollo: el propio liberal-productivismo ha generado la tensión actual entre Humanidad y Naturaleza. De tal forma que la “segunda” crisis ecológica, esta vez “endógena”, se podría resumir de la forma siguiente:

[Es] la conjunción de dos nudos de crisis ecológicas, internas a la dinámica del modelo liberal-productivista: el “triángulo de las crisis energéticas” y el “cuadrado de los conflictos para el uso del suelo”, ellos mismos articulados sobre la crisis financiera, económica y social del modelo capitalista neoliberal que triunfa a nivel mundial desde principios de los años 1980. Este modelo liberal pesa mucho sobre la evolución de los dos nudos de las crisis ecológicas: incluso podemos decir que las engendra (Lipietz, 2012).

A continuación estudiaremos más en profundidad estos dos nudos centrales de la crisis ecológica para entender mejor los retos a los que se enfrenta la Humanidad si quiere elegir la vía de la esperanza.

## 2.1. El triángulo de las crisis energéticas

Los principales riesgos relacionados a la crisis energética se centran en torno a tres vértices: energía fósil (carbón, petróleo, gas), energía nuclear y energía proveniente de la biomasa (leña, agrocombustibles).

Como primer vértice del triángulo, encontramos los riesgos vinculados a las energías fósiles, que a su vez se dividen en dos vertientes: la capacidad de regeneración de estas energías (no renovables a escala humana) y la capacidad de asimilación de los residuos vinculados a su utilización. Asimismo, la humanidad se enfrenta al techo de los combustibles fósiles, que corresponde al punto de inflexión a partir del cual la extracción de una unidad de energía fósil por unidad de tiempo ya no puede incrementarse, por grande que sea la demanda. Coincide con el momento en que la extracción acumulada llega a la mitad de la cantidad total recuperable, y los esfuerzos humanos, técnicos y financieros pueden disminuir la tasa de declive, pero no invertir la tendencia a la baja de la extracción. Al mismo tiempo, la creciente incapacidad de ofertar más energía fósil se topa con una demanda en constante aumento, principalmente en los países llamados emergentes como China o la India, y con la especulación (Bermejo, 2008), lo que dispara el precio de la energía (y de otras materias primas<sup>10</sup>). En concreto, esta tensión entre oferta (que depende de factores ecológicos y económicos) y demanda (que depende del modo de vida) al alza es paradigmática y altamente peligrosa para el modelo social y productivo actual. Esto es especialmente cierto en el caso del petróleo, puesto que la globalización económica se basa en un petróleo barato, abundante y de buena calidad. El despliegue del modelo de producción y consumo de masa y sus instituciones asociadas necesitan energía fósil al igual que el cuerpo humano necesita sangre. Por ejemplo:

<sup>10</sup> De hecho, no solo estamos llegando al techo de todos los combustibles fósiles sino también al *peak all* (en referencia en inglés al *peak oil*), es decir al techo de materias primas como algunos minerales tipo cobre, plata, uranio o zinc. *Peak all* y *peak oil* están fuertemente relacionados puesto que la escasez de materias primas necesitará a su vez una mayor cantidad de energía para su explotación, tratamiento, reciclaje, etc.

Florent Marcellesi

el complejo agroindustrial, basado en la maquinaria motorizada, la producción y consumo de abonos y fertilizantes, altos niveles de bombeo de agua, la manipulación industrial, la explotación intensiva de los suelos, la comercialización globalizada y el transporte de larga distancia hacia el lugar de consumo, nos da una buena idea de esta dependencia<sup>11</sup>. Sin embargo al haber alcanzado el techo del petróleo (*peak oil* en inglés), esta era ha terminado: estamos entrando en la *era del petróleo caro, escaso y de mala calidad*<sup>12</sup>. Esta nueva situación tiene repercusiones directas sobre el conjunto de la economía y sobre nuestros modelos de vida diarios. De hecho, la crisis financiera de 2008, que hoy ha desencadenado una ola de recesiones y planes de ajuste brutales, pone de relieve una relación directa entre crisis ecológicas y económicas. En este sentido, el economista estadounidense Jeremy Rifkin recuerda que la crisis de las *subprimes*, es decir, el impago de las hipotecas en Estados Unidos que luego se propagó a nivel mundial a través de los activos tóxicos, comenzó cuando el barril de petróleo en el verano 2008 alcanzó los 150 dólares y no en octubre cuando estalló la burbuja a la luz pública. Ese aumento de los precios hizo que subiera el precio de la gasolina y que en Estados Unidos mucha gente, principalmente la más empobrecida e insolvente, cuyo presupuesto familiar tiene dos partidas básicas en torno a la vivienda y al transporte, dejara de pagar la hipoteca (las *subprimes*) para mantener la tenencia de su coche privado (imprescindible en un sistema basado en su uso intensivo; por ejemplo para ir al trabajo y a su vez generar las rentas necesarias para sobrevivir).

Por otro lado, apuntemos que para superar el techo de producción de los combustibles fósiles, existe una nueva frontera extractiva: la extracción del gas de pizarra a través del método llamado *fracking* o fracturación

<sup>11</sup> Ingeniería sin Fronteras calcula por ejemplo que una manzana procedente de la producción industrial en Chile y comprada en Cataluña consume una cantidad de energía más de cuatro veces superior a la del caso ecológico y local (principalmente debido al transporte desde el lugar de producción hasta el de consumo: en este caso, 14.000 kilómetros en barco y en camión). Por su lado, un tomate industrial consume cinco veces más que un tomate ecológico y local. Mientras la diferencia entre comprar manzanas industriales traídas de Chile y manzanas ecológicas de la región a lo largo de un año equivale al consumo energético anual de 60.812 hogares, "el consumo energético asociado al uso de fertilizantes en una hectárea de tomates de producción industrial puede llegar a ser tan elevado como para representar la cantidad de energía suficiente para dar... ¡12 vueltas al mundo en coche!" (López, 2010: 65).

<sup>12</sup> Es complicado predecir la fecha exacta del techo del petróleo puesto que puede confirmarse con exactitud una vez superada (como fue el caso del techo del petróleo en Estados Unidos). Por ejemplo, James Murray de la Universidad de Washington y David King de la Universidad de Oxford, en un artículo reciente de la prestigiosa revista *Nature* (véase <http://energybulletin.net/stories/2012-01-26/article-in-nature-oils-tipping-point-has-passed>), piensan que el techo de producción de petróleo a nivel mundial tuvo lugar en 2005 con unos 75 millones de barriles al día. De todas maneras, que el techo del petróleo haya pasado, esté por llegar a corto plazo o ocurra dentro de 20 ó 30 años, no supone gran diferencia a escala de la civilización humana.

hidráulica. Si bien el *fracking* ha permitido bajar el precio a corto y medio plazo del gas, es un nuevo espejismo altamente peligroso para el medio ambiente, el clima y la salud humana y que no afronta el mayor reto de la civilización industrial: rebajar el consumo energético dentro de los límites ecológicos del Planeta (para un análisis detallado del *fracking*, véase Marcellesi y Urresti, 2012).

En cuanto a los efectos del modelo energético sobre el cambio climático, hoy principal preocupación ambiental en las agendas políticas, existen claras evidencias de que crisis energética y crisis climática no son más que dos caras de la misma moneda. Según el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático (GIECC): “la principal causa del crecimiento de la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera desde la época preindustrial es el uso de combustibles fósiles” (2007: 2), que hoy se estima en torno a 75 % (el resto se debe a la deforestación y al cambio de uso de suelos). A pesar de mejoras tecnológicas por unidad producida<sup>13</sup>, el crecimiento demográfico y el actual modelo socioeconómico (basado en la acumulación material) provocan una presión insostenible sobre los ecosistemas. En este contexto, las emisiones antropogénicas de gases de efecto invernadero sobrepasan la capacidad de autorregulación y asimilación por parte de los sumideros naturales (océanos, atmósfera), lo que está conduciendo a una situación peligrosa de no retorno. Para evitar tal caso que llevaría a sufrir cambios irreversibles e impredecibles, el GIECC recomienda que no haya aumento de más de 2 grados centígrados en 2100 en comparación con los niveles preindustriales, mientras que la muy institucional Agencia Internacional de la Energía pone 2017 como fecha límite para acotar el incremento de temperaturas. En caso contrario, ya sea el IPCC (2007) o el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (2007) advierten de las mismas consecuencias ambientales y sociales. El cambio climático supondrá —y de hecho, ya supone— efectos en la agricultura y silvicultura (cambio de rendimientos según zonas frías o cálidas, aumento de plagas e insectos, etc.), en los recursos hídricos (extensión de las zonas afectadas por la sequía, empeoramiento de la calidad del agua, etc.), en la salud humana (tales como la mortalidad relacionada con el calor en Europa, aumento

<sup>13</sup> A pesar de mejoras significativas en torno a la intensidad de carbono entre 1990 y 2007 (-12 %), la eficiencia tecnológica no ha compensado el crecimiento de la población (+24,5 %) y el aumento del nivel de abundancia (+25,5 %), y las emisiones de CO<sub>2</sub> han aumentado de 38 % (Jackson, 2010).

*Florent Marcellesi*

de enfermedades infecciosas, etc.) o en la industria, asentamientos humanos y sociedad (disminución de la calidad de vida de las personas en áreas cálidas sin vivienda apropiada), así como una mayor exposición a inundaciones costeras, unas condiciones climáticas extremas y un posible colapso de los ecosistemas.

Como segundo vértice del triángulo, encontramos la energía nuclear que tras la catástrofe de Fukushima –decenas de miles de personas evacuadas fuera del perímetro de seguridad, contaminación radiactiva hasta en Tokio, escándalos políticos y técnicos en torno a la gestión y a la seguridad de las centrales nucleares japonesas y del accidente post-tsunami,<sup>14</sup> etc.–, vuelve a apuntar sus altas deficiencias y riesgos para representar cualquier tipo de solución al cambio climático. Resumiendo los principales problemas (Marcellesi, 2011a):

1. El riesgo de accidente, en este caso de probabilidad baja pero de magnitud alta, es más que nunca presente y real.
2. Seguimos sin tener ninguna solución real a la gestión de los residuos radiactivos.
3. La energía nuclear crea una fuerte dependencia con el exterior ya que el uranio, cuyas reservas son finitas, se compra a países fuera de Europa y cuya inestabilidad política no asegura un suministro seguro (Chad, por ejemplo).
4. Existe un riesgo de proliferación de la energía nuclear para fines militares (reforzado por la amenaza de uso terrorista de los residuos o de las centrales nucleares como posibles dianas de ataque).
5. No es una alternativa para evitar sustancialmente emisiones de gases de efecto invernadero: si se tiene en cuenta el ciclo de vida global de la energía nuclear (extracción del uranio, suministro a Europa, construcción y desmantelamiento de las centrales, gestión de los residuos...), ésta produce más CO<sub>2</sub> que las energías renovables<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> De hecho, según una comisión de diez expertos creada en diciembre de 2011 a instancias del Parlamento de Japón: “el accidente en la planta nuclear de Fukushima Daiichi no se puede contemplar como un desastre natural. Fue un desastre hecho por el hombre que podría haberse previsto y prevenido”. Fuente: <http://www.rvve.es/noticias/20120705/accidente-fukushima-no-fue-desastre-natural-fue-desastre-hecho-hombre/542540.shtml>

<sup>15</sup> Más información: <http://blogs.elpais.com/eco-lab/2011/02/el-co2-generado-por-la-energia-nuclear.html>

6. Es una fuente de electricidad, por tanto no sustituye nuestra dependencia de los combustibles fósiles.
7. Los puestos de trabajo por unidades energéticas están por debajo de las creadas por las energías renovables<sup>16</sup>.

El último vértice del triángulo lo ocupa la biomasa, cuyo uso energético es el más antiguo desde que el *Homo erectus* domesticara el fuego, el más constante para una gran mayoría de la humanidad (la leña sigue siendo el principal combustible utilizado) y, seguramente, uno de los más prometedores de cara al futuro. Pero la biomasa también tiene riesgos asociados que analizaremos en el siguiente subapartado, puesto que se articula directamente con el uso de las tierras, principalmente con el auge de los agrocombustibles.

## 2.2. El cuadrado del conflicto del uso de las tierras

Los anglosajones suelen decir que hacemos cuatro usos principales de la tierra, que pueden resultar excluyentes: *food, feed, forest, fuel* (las 4 F). Dicho en castellano, estamos hablando respectivamente de usos para: 1) la *alimentación humana*; 2) la *alimentación del ganado* (natural –campos de pasto– o artificial –soja que se combina con maíz para las vacas europeas–); 3) los *bosques* (como sumidero o reserva de biosfera); y 4) la *producción de biomasa* (agrocombustibles, leña, etc.).

En este marco de análisis, intervienen dos factores cruciales: la dieta crecientemente carnívora de los países del Norte y emergentes, y la introducción cada vez más sistémica de agrocombustibles. Como lo relata Lipietz (2012), la polarización de los ingresos a nivel mundial provoca una transformación de la dieta humana que pasa de una dieta a base de proteínas vegetales con un poquito de carne (“el menú hindú o el menú chino”), a una dieta a base de carne (el “menú europeo o norteamericano”). Sin embargo, las proteínas animales (*feed*) necesitan para su producción de 7 a 15 veces más hectáreas que las proteínas vegetales (*food*). Por tanto, esto representa un problema grave dado el aumento constante de la población con dieta carnívora (por ejemplo, en India y China el 10 % de la población se alimenta con el mismo tipo de comida

<sup>16</sup> Véase, por ejemplo, IRENA (2011): *Renewable Energy Jobs: Status, Prospects & Policies*, IRENA Working Paper.

que en Europa y en Norte América). Por su parte, los agrocombustibles (*fuel*), que técnicamente son energías renovables obtenidas a partir de la biomasa, son la respuesta oficial a la crisis de los combustibles fósiles y del techo del petróleo. De hecho, en sociedades no dispuestas a “negociar su modo de vida”, los agrocombustibles despiertan un gran interés y cuentan con un fuerte impulso político<sup>17</sup>, lo cual, junto a otros factores, provoca tensiones en los precios de la comida en el mercado mundial<sup>18</sup>. En este contexto, Jean Ziegler, el relator especial de la ONU para el derecho a la alimentación, llegó a postular en 2007 que la producción masiva de biocombustibles “es un crimen contra la humanidad”.

Si bien los agrocombustibles juegan un papel central en las crisis alimentarias actuales, hay que añadir también otros factores sociales y ecológicos: la escalada de precios de la energía, las malas cosechas en los países productores de trigo como Australia, Rusia o Ucrania debidas al cambio climático, los modelos productivos globalizados que apuestan por economías de la exportación en detrimento de la soberanía alimentaria y que denigran la producción autóctona para abastecer a los mercados locales provocando dependencia de los mercados exteriores sobre todo para la importación de productos básicos, el mal reparto de la producción agrícola local o importada, así como movimientos especulativos a nivel mundial. Al igual que los fuertes cambios de régimen político en Europa en 1848 tienen como origen revueltas de la hambruna, Lagi *et al.* (2011) muestran que existe una fuerte correlación entre el alza de los precios de los alimentos –debido a la combinación de los factores arriba mencionados– y las revueltas del hambre de estos últimos años en el mundo que, recordemos, han dado fin en pocos meses a gobiernos autoritarios –como los de Túnez y Egipto– que nadie veía posible derrocar.

En conclusión de este apartado, es interesante –y sobre todo preocupante– constatar que, además de lo que teorizaba gran parte del movimiento ecologista en sus inicios, esta crisis ecológica no solo compromete de manera decisiva a las generaciones futuras, sino que nos afecta ahora

<sup>17</sup> A pesar de una resolución del Parlamento europeo sobre comercio y cambio climático, que solicitó “que se subordinara todo acuerdo sobre la compra de biocarburos a cláusulas relativas al respeto de las superficies devueltas a la biodiversidad y a la alimentación humana”, la Comisión Europea sigue vislumbrando el objetivo del 10 % de “biocombustibles” en los transportes para el año 2020.

<sup>18</sup> En 2007, mientras la producción de maíz para agrocombustible aumentaba en un 500 % en Estados Unidos, el precio del maíz –bajo el efecto conjunto del cambio climático, de la producción de carne y de la producción de agrocombustibles– se encarecía en un 130 %, provocando una crisis social profunda para todas las poblaciones cuya alimentación descansa en estos productos básicos.

directamente a las generaciones presentes. No sólo se trata de una crisis de abundancia de una generación privilegiada (“pan para hoy, hambre para mañana”), sino también de una crisis de escasez que ya se está manifestando en el día a día de gran parte de la población mundial (el hambre ya es para hoy). Asimismo, pone de relieve que las llamadas crisis financieras, especulativas o alimentarias están vinculadas a crisis subyacentes e interdependientes: no sólo la de la economía real (o economía productiva) sino también la de la “economía real-real”, es decir la de los flujos de materias y energía que depende, por una parte, de factores económicos y, por otra, de los límites ecológicos del planeta.

### 3. La ecología política: una ideología global y transformadora

Ante esta crisis ecológica generalizada, sinónima de crisis de modelo y de civilización y que hace peligrar la supervivencia civilizada de la humanidad, la ecología política se marca como objetivo convertirse, tanto en la teoría como en la práctica, en una alternativa a la sociedad industrial, es decir, en un pensamiento crítico, global y transformador. Con la caída del Muro de Berlín en 1989 quedó patente –si hacía falta después de Chernóbil y demás escándalos en el bloque soviético– la incapacidad del *socialismo realmente existente* de proveer democracia, justicia social y sostenibilidad ecológica. Por otro lado, las miradas se concentran en el sistema socioeconómico hegemónico actual, el liberal-productivismo, que, a pesar de su victoria geopolítica, se muestra incapaz de resolver el incremento de las destrucciones medioambientales y las desigualdades sociales. Peor aún: las políticas de corte neoliberal aplicadas a partir de principios de los años ochenta agudizan las crisis ecológicas y sociales y hacen del *capitalismo verde* un nuevo espejismo. Frente a los dos sistemas dominantes y antagónicos de los últimos siglos y ambos motor de la sociedad industrial, se afirma una *tercera vía ecologista* basada en el rechazo al productivismo fuera de la dicotomía capitalista-socialista, es decir, una nueva ideología diferenciada y no subordinada a ninguno de los dos bloques, con un objetivo claro: cambiar profundamente la sociedad hacia la justicia social y ambiental, para hoy y mañana, en el Norte y en el Sur, y de forma solidaria con el resto de seres vivos de la Tierra.

### 3.1. La ecología política como antiproductivismo

A través de sus críticas al crecimiento, al *economicismo* y a la tecnocracia, los ecologistas van poco a poco asentando las bases de su “descripción analítica de la sociedad” (Dobson, 1997: 23) e hilando su teoría política en contra de un sistema que ha adquirido su lógica propia: el *productivismo*. Podemos definir el productivismo como un sistema evolutivo y coherente que nace de la interpenetración de tres lógicas principales: la *búsqueda prioritaria del crecimiento*, la *eficacia económica* y la *racionalidad instrumental*, que tienen efectos múltiples sobre las estructuras sociales y las vidas cotidianas (Degans, 1984: 17).

En este marco, la búsqueda prioritaria del crecimiento como pilar de los sistemas productivistas es una de las dianas constantes de la ecología política. Ésta se opone al postulado que convierte el crecimiento –caracterizado por un aumento del volumen de la producción y consumo en un periodo dado– en el motor del bienestar y en un objetivo intrínsecamente bueno:

En el pasado la producción se consideró un beneficio en sí misma. Pero la producción también acarrea costes que sólo recientemente se han hecho visibles. La producción necesariamente merma nuestras reservas finitas de materias primas y energía, mientras que satura la capacidad igualmente limitada de los ecosistemas con los desperdicios que resultan de sus procesos [...]. La producción presente sigue creciendo en perjuicio de la producción futura, y en perjuicio de un medio ambiente frágil y cada vez más amenazado (Georgescu-Roegen, Boulding y Daly, en Riechmann, 1995: 11).

Al igual que estos autores, podemos recordar que la tozuda realidad hace “que nuestro sistema sea finito” (*ibidem*). Como planteaba en 1972 el primer informe del Club de Roma, nos arriesgamos a un colapso del sistema mundial debido a los “límites del crecimiento”. Dicho de otra manera, el *culto de la abundancia* no es compatible con la finitud de la “nave Tierra”. A pesar de que las corrientes ortodoxas clásicas y neoclásicas consideran el “crecimiento cero” como una herejía contra el progreso, la Tierra tiene unos límites que le impiden soportar un desarrollo económico que destruya la biodiversidad, provoque el cambio climático, agote los recursos naturales, etc., por encima del umbral crítico de regeneración y capacidad de carga del

planeta<sup>19</sup>. Por lo tanto, el productivismo se construye como una paradoja entre un crecimiento económico infinito y un planeta finito donde los recursos y las capacidades son por definición limitados<sup>20</sup>. La destrucción de la Tierra y de las bases de la vida se deben entender por tanto como consecuencias de un modelo de producción que exige la sobreacumulación, la maximización de la rentabilidad a corto plazo y la utilización de una técnica que viola los equilibrios ecológicos (Gorz, 1982).

Por otro lado, la lógica de crecimiento extensiva y acumulativa está ligada a la búsqueda prioritaria de la eficiencia económica. Esta lógica busca ante todo la previsión, la mecanización, la racionalización, lo que llama a más división técnica del trabajo, más concentraciones, más jerarquía en el saber y el poder, más institucionalización de todos los aspectos de la vida. Así, si en el sistema productivista “todo se convierte en objeto de competición, de consumo, de institucionalización [...], es porque reducimos los seres y las cosas a funciones asignadas, a instrumentos vinculados a un fin concreto” (Degans, 1984: 17). Sin embargo, a juicio de Iván Illich, esta búsqueda de la “racionalidad instrumental” conlleva la transformación de la herramienta en un aparato esclavizante, alienante y contraproducente: *al traspasar un umbral, la herramienta pasa de ser servidor a déspota*, y las grandes instituciones de nuestras sociedades industriales se convierten en el obstáculo de su propio funcionamiento. Más aún: para el teórico ecologista, la función de estas instituciones es legitimar el control de los seres humanos, su esclavización a los imperativos de la diferencia entre una masa siempre creciente de pobres y una elite cada vez más rica. Ni la enseñanza ni la medicina ni la producción industrial están dadas ya a escala de la “convivencialidad humana” (Villalba, 2007). Es lo que Jacques Ellul, precursor del antiprodutivismo, ya plasmaba a través del *systeme technicien*, es decir, la técnica convertida en sistema como especificidad dominante de nuestras sociedades y la principal clave de interpretación de la modernidad: “El ser humano que hoy se sirve de la técnica es de hecho el que la sirve” (Ellul, 1977: 360).

<sup>19</sup> La capacidad de carga es el nivel de presión provocada por una especie que un medio ambiente determinado puede soportar sin sufrir un impacto negativo significativo o irreversible. Según la fórmula de Ehrlich, el impacto sobre el medio ambiente depende de tres factores principales: la población, la acumulación de riquezas y la tecnología.

<sup>20</sup> Incluso el *Informe Brundtland* sigue apostando por “una nueva era de crecimiento, un crecimiento vigoroso”, y no fija ninguna prioridad entre lo económico, lo social y lo medioambiental, lo que lo ha convertido en una presa fácil para las fuerzas políticas y mercantiles dominantes (de “desarrollo sostenible” hemos pasado a un “crecimiento sostenible” y un sinfín de oxímoron).

Para Gorz, esta crítica de la técnica, fundamento de la ecología política y símbolo de la dominación de los hombres y de la naturaleza, pasa a ser “una dimensión esencial de la ética de la liberación” (2006).

Por otro lado, como lo hemos visto en el apartado anterior y a pesar de contar con fuertes mejoras tecnológicas por unidad producida, el sistema productivista provoca una presión cada vez más elevada sobre los ecosistemas al aumentar el volumen global de recursos naturales requeridos para producción y consumo. Según Latouche, es el *efecto rebote* y se puede definir de la manera siguiente: “las disminuciones del impacto y contaminación por unidad se encuentran sistemáticamente anuladas por la multiplicación del número de unidades vendidas y consumidas” (2008: 46). Además, el aumento general de la brecha entre personas pobres y ricas, tanto en los países enriquecidos como empobrecidos, muestra que el crecimiento económico ya no es una condición suficiente para reducir las desigualdades y reforzar la cohesión social. Al revés, las sociedades del crecimiento se ven confrontadas a un problema estructural muy profundo, que Jacscon denomina *el dilema del crecimiento* (2011). Por un lado, la carrera al crecimiento –que alimenta el consumo de masas, la destrucción de los ecosistemas, un modo de vida por encima de la capacidad de carga del Planeta, etc.– no es ecológicamente sostenible. Mientras tanto, el decrecimiento económico es inestable –por lo menos en las condiciones actuales– ya que un crecimiento no suficientemente sostenido en una economía cuyo núcleo vital es el crecimiento se llama recesión y termina creando desempleo, pobreza, desigualdad, desconfianza, deuda privada y pública, recesión.

Sin embargo, esta fe en el crecimiento como equivalente al bienestar se materializa en la valorización actual de la “riqueza de la nación” a través del producto interior bruto (PIB). El PIB es una herramienta parcial que calcula ante todo el crecimiento cuantitativo de la producción sin que importen las condiciones ecológicas y sociales de dicha producción, el agotamiento de los recursos naturales, el valor del trabajo doméstico o del voluntariado y, en general, del conjunto de las demás riquezas sociales y ecológicas (Marcellesi, 2012). Desde la perspectiva del ecologismo se afirma por tanto la necesidad de una modificación de “las herramientas que los economistas empleaban para medir el éxito y el bienestar económico de una nación” (Carpintero, 1999: 158) y la

imprescindible renovación teórica de los conceptos de riqueza, pobreza y valor del siglo XIX<sup>21</sup>. Por último, como lo resume Illich, “la organización de la economía entera hacia la consecución del mejor-estar es el mayor obstáculo al bienestar” (2006). El productivismo como sobrevalorización de la acumulación y la idea de que un aumento de los bienes materiales aumenta la felicidad representa por tanto para los ecologistas una concepción del ser humano peligrosa para su propia supervivencia. En un mundo ecologista, un subsistema no puede regular un sistema que lo engloba (véase la *escuela de la bioeconomía*: Georgescu-Roegen en los Estados Unidos, José Manuel Naredo y Joan Martínez Alier en España [1991] o René Passet en Francia). Dicho de otra manera, la regulación del sistema vivo no se puede realizar a partir de un nivel de organización inferior como es la economía, que actúa con sus propias finalidades. La economía es parte integrante de la sociedad, ella misma parte de la biosfera. Por lo tanto, el mercado –que no es más que una parte de la economía– no puede imponer su modo de funcionamiento al resto de los niveles. Sólo una organización controlada por finalidades globales tiene legitimidad en un sistema ecologista.

### 3.2. La ecología política como búsqueda de sentido

Frente al sistema productivista descrito anteriormente, la ecología como ideología “prescribe su forma particular de sociedad”, donde la cuestión de la orientación y de los fines de la producción y del consumo (es decir, en el fondo, la *cuestión existencial* de 1968) se erige como uno de sus núcleos centrales. Así, mientras que en su origen la ecología era una disciplina científica<sup>22</sup>, “la ecología de la especie humana difiere de la ecología de las demás especies animales”, puesto que los seres humanos –al contrario del resto de las especies– “son animales no solamente sociales sino también políticos” (Lipietz, 2000a). El paso de la ecología como ciencia a la ecología como pensamiento político introduce entonces la cuestión del *sentido* de lo que hacemos, lo cual implica una serie de inte-

<sup>21</sup> Véase, por ejemplo, Naredo (2007).

<sup>22</sup> El término *ecología* fue utilizado por primera vez por el biólogo Ernst Haeckel en su trabajo *Morfología general del organismo* (1866). Traducido del alemán *Ökologie*, está compuesto por las palabras griegas *oikos* (casa, vivienda, hogar) y *logos* (estudio); es decir, “el estudio de los hogares”. Se refiere a la ciencia que estudia la relación triangular entre los individuos de una especie, la actividad organizada de esta especie y su medio ambiente, que es a la vez condición y producto de esta actividad, condición de vida de esta especie.

Florent Marcellesi

rrogaciones: ¿en qué medida nuestra organización social, la manera en que producimos, en que consumimos, modifican nuestro medio ambiente? ¿Cómo entender la combinación, la interpenetración de estos factores en su acción sobre el medio ambiente? ¿Favorecen o no a los individuos estas modificaciones? (*ibidem*). Dicho de otra manera, la *ecología política*, además del *oikos* (casa) y del *logos* (estudio), es la *polis*, es decir, el lugar donde los ciudadanos discuten y toman las decisiones. Por lo tanto, la ecología política “es el lugar donde se delibera sobre el sentido de lo que hacemos en casa” (Lipietz, 2000b).

Siguiendo esta definición, la ecología política plantea preguntas de gran calado para las sociedades industriales, tanto las (post)fordistas como las de economía de planificación centralizada –¿para qué?, ¿por qué?, ¿cómo estamos produciendo?–; lo que Roustang (2003: 125) resume de la manera siguiente:

La oposición capitalistas/trabajadores ya no es determinante. De hecho, incluso suponiendo que la producción se reparta igualmente entre el capital y el trabajo, la cuestión de la orientación de la producción se plantearía de manera crucial.

Dicho de otra manera, para la ideología productivista, la contradicción capital-trabajo se puede resolver, por lo menos de forma temporal ya sea a través del mercado (liberalismo) o del Estado (socialismo), gracias al crecimiento de la productividad<sup>23</sup>, que garantizará a su vez una base material para la ansiada paz social. Sin embargo, esta teoría subyacente del “cuanto más se produce, mejor se vive” introduce una contradicción más profunda entre capital y naturaleza que la lógica del crecimiento es incapaz de superar. La cuestión de la orientación de la producción y del consumo, es decir la cuestión del “¿qué hacemos con los recursos limitados que tenemos?” es, por tanto, central. En este contexto, la ecología política debe proponer una *visión global* de la sociedad, de su futuro, de las relaciones entre seres humanos, de las relaciones entre éstos y su entorno natural y de las actividades productivas humanas. Desde la perspectiva del ecologismo, no se puede hoy pensar un modelo de producción y de consumo que no sea al mismo tiempo humano (justo) y sostenible. Como

<sup>23</sup> Si las personas asalariadas producen cada vez más por unidad de tiempo, el capital puede conservar una parte constante, o incluso creciente, para sus beneficios, y al mismo tiempo dejar a los trabajadores parte de los aumentos de productividad para su poder de adquisición.

apuntan las voces críticas al ecologismo, ¿de qué sirve la sostenibilidad ecológica si mientras tanto las riquezas naturales y productivas se quedan en manos de una elite, provocando desigualdades, hambrunas, guerras, injusticia, etc.? Pero, a la vez, podemos darle la vuelta a la pregunta: ¿qué valor tiene el bienestar de una sociedad y de sus miembros si ese mundo no ofrece la viabilidad a largo plazo para las generaciones futuras y si no asegura la supervivencia de la especie humana en condiciones decentes? Sin duda, al introducir los conceptos de *solidaridad planetaria*, *intergeneracional* y también *interespecies*, la ecología plantea preguntas polémicas, sobre todo para los movimientos sociales y políticos catalogados como “progresistas”. Más allá de las etiquetas que cada cual se otorgue, es poco probable que podamos llamar “progresista” a una ideología que no incorpora los nuevos conceptos de solidaridad y cuyas lógicas ideológicas descansan en postulados productivistas.

Por otro lado, una ecología política que lucha en contra de un sistema coherente –el productivismo (y todas sus ramificaciones)– y que pretende cambiar sus hábitos, valores y códigos no puede entenderse como el apéndice medioambiental de otra ideología. Afecta directamente al corazón y a todos los aspectos de las sociedades humanas, puesto que vincula la sostenibilidad ecológica con la justicia social, tanto a escala local como mundial. Contiene la idea fundamental de *transformación social* que la aparta de cualquier medioambientalismo. Así, mientras que Lipietz –en referencia a Karl Polanyi– describe la ecología política como “la gran transformación del siglo XXI” (2002), Dobson (1997: 22) diferencia el ecologismo del medioambientalismo basándose en esta reflexión:

El medioambientalismo aboga por una aproximación administrativa a los problemas ambientales, convencido de que pueden ser resueltos sin cambios fundamentales en los actuales valores o modelos de producción y consumo, mientras que el ecologismo mantiene que una existencia sustentable y satisfactoria presupone cambios radicales en nuestra relación con el mundo natural no humano y en nuestra forma de vida social y política.

Desde esta perspectiva, la ecología política pasa a proponer un abanico completo de ideas y actuaciones, siempre teniendo en cuenta las relaciones íntimas que unen los ecosistemas con las organizaciones sociales. En ningún momento puede considerarse que la ecología política sea una “ideología

parcial”, ni que se reduzca a otro pensamiento político (capitalista, comunista o socialdemócrata –cada uno con sus numerosas variantes–). Surge en un momento histórico preciso y responde a una determinada crisis social, ecológica y económica que los otros pensamientos mencionados no sólo no habían previsto sino que incluso habían provocado. Según los textos fundacionales de los verdes franceses, tanto el socialismo como el capitalismo privilegian la producción y descansan sobre la esclavitud del trabajo asalariado como fuente de la riqueza y como valor de referencia ético. Ambos tienden a un economismo reductor donde se olvida la dimensión humana, el deseo, la afectividad, no cuantificables. Además, estos dos modelos no se pudieron disociar de los dos imperialismos dominantes que arrastraron al resto del mundo a una competición a muerte por la hegemonía mundial. Ni en el plano económico, ni en el plano de la organización política y social, pueden servir de referencia ni aportar soluciones (Les Verts, 1984: 14). Por lo tanto, porque han sido incapaces de “pensar lo ecológico” y de no tener realmente en cuenta los factores no económicos (Viveret, 2002: 15), no se trata simplemente de reformar estas ideologías sino de proponer un nuevo camino, una nueva esperanza; en otras palabras, de realizar un nuevo proyecto civilizador.

### 3.3. La ecología política como radicalidad democrática

La consecución de la “sociedad convivencial”, donde la herramienta moderna se pone al servicio de la persona integrada en la colectividad (Illich, 2006) y donde prima la biomímesis y la autocontención (Riechmann, 2008), implica realizar cambios profundos –de estilo de vida, de relaciones sociales, *in fine* de civilización, etc.– que cuestionan las bases de nuestras democracias representativas. Apoyándonos en el último texto de Gorz (2008b), podemos plantear que una incorporación fallida de los conceptos de solidaridad intergeneracional y solidaridad planetaria y el no tomar en consideración el *imperativo de supervivencia* pueden llevar a la sociedad a un *fascismo verde*:

Sin estas premisas, sólo se podrá evitar el colapso a través de restricciones, racionamientos, repartos autoritarios de recursos característicos de una *economía de guerra*. Por lo tanto, *la salida del capitalismo tendrá lugar sí o sí*, de forma civilizada o bárbara. Sólo se plantea la cuestión del tipo de salida y el ritmo al que va a tener lugar.

Por otro lado, la noción de *sostenibilidad* cuestiona radicalmente la visión occidental tradicional de interés general al ampliar las preocupaciones políticas en el *tiempo largo* (al referirse a las generaciones futuras) y en el espacio (al revelar la pertenencia de la humanidad a un espacio común sugiriendo una interdependencia ecológica entre los pueblos) (Boutaud, 2007). Sin embargo, se constata la incapacidad del sistema político y democrático actual para pensar el largo plazo y los intereses de los *no representados*, privilegiando los intereses a corto plazo (Jonas, 1995) y limitando además el interés general al Estado-nación.

Esta situación de partida empuja a la ecología política a esbozar una reflexión sobre los caminos que posibilitan el cambio y, por tanto, sobre la democracia como herramienta para deliberar sobre “el sentido de lo que hacemos en casa”, desde el punto de vista económico, social y político. Por oposición a enfoques medioambientalistas y/o conservadores, la ecología política –por el cambio radical de rumbo que propone a largo plazo– adquiere una dimensión profundamente transformadora y revolucionaria. Sin embargo, al mismo tiempo, si bien rechaza los planteamientos antisistema o maximalistas de la *gran revolución*, no rechaza el reformismo del día a día ni la *política de los pequeños pasos*, ya que considera que queda un margen de transformación dentro del sistema capitalista (Lipietz, 2008). Este camino, que unifica acciones reformistas a corto plazo y objetivos radicales a largo plazo con el fin de desbordar al propio sistema, es denominado por los ecologistas y algunas corrientes socialistas como “reformismo radical”, aunque también se conceptualizó en el ámbito del movimiento juvenil ecologista como “revolución lenta” (Chiche!, 1996). En palabras de Lipietz, esta visión, heredada de filósofos como Michel Foucault, se refleja en el sueño de “una multitud de microrupturas, una revolución molecular nunca acabada” (2000c: 185).

Para llevar a cabo este planteamiento, la ecología política escoge por definición el camino del *ecopacifismo* y de la democracia definida de manera preferente como de base o participativa. Por ejemplo, desde el prisma de la bioeconomía, cuestiona el modelo democrático representativo vigente por estar poco adaptado a una producción y un consumo sostenibles. Frente a los sistemas centralizados, elitistas y con fuertes jerarquías excluyentes, un modelo descentralizado y participativo es la forma más eficiente de satisfacer las necesidades vitales de la población

(Bermejo, 2007: 64). En este sentido, incluso el muy moderado *Informe Brundtland*, que plasmó la definición actual de *desarrollo sostenible*, defiende que la mejor manera para alcanzarlo es la descentralización del control de los recursos y la transmisión del derecho de voz y voto a las comunidades locales (CMMAD, 1988: 90). En el ámbito social, la aceptación de cambios radicales en los modos de vida y la predominancia del interés general local y planetario, presente y futuro, requieren una sociedad muy cohesionada y comprometida en la gestión de las políticas públicas. Garantizar la estabilidad y la permanencia de las grandes decisiones se convierte pues en la clave de una transición exitosa hacia una sociedad duradera. Por lo tanto, para obtener consensos fuertes a largo plazo, el proceso democrático en el ecologismo se basa en la interrelación y participación activa de los ciudadanos y de las comunidades en las decisiones públicas diarias y plurianuales. En este sentido, Murray Bookchin y la ecología social plantean la necesidad de un *compromiso social* en las temáticas ambientales a través de nuevas formas de democracia directa, al igual que la interdependencia y la cooperación rigen de forma eficiente los ecosistemas y las relaciones entre especies (1999).

Por supuesto, la ecología política no idealiza la democracia local y participativa como transformadora o buena *per se* para el medio ambiente y la sociedad en su conjunto. Si los procesos participativos no se vinculan a otras iniciativas como la concienciación y la educación o no integran en cada momento una visión global –y una gobernanza transnacional y mundial–, nada apunta a que se pueda alcanzar una mejora automática del sistema vigente. Sin embargo, frente a visiones minoritarias en el conjunto vivo de la ecología política que afirman que desde el punto de vista puramente ecocéntrico la democracia puede ser superflua o, en el peor de los casos, un complemento opcional, entenderemos también por ecología política *una filosofía y un pensamiento de la acción que pretende aumentar al máximo la autonomía de los seres humanos y no humanos:*

La conexión entre ecología y democracia deja de ser débil [...] el autoritarismo queda excluido en el nivel del principio verde (y no por razones puramente instrumentales), del mismo modo que es excluido según el principio liberal: viola de forma fundamental los derechos de los humanos a decidir su propio destino (Eckersley, en Dobson, 1997: 49).

Debería existir, por tanto, una conexión entre ecología política y democracia: la democracia –preferentemente participativa– es para la ecología política una condición necesaria, aunque no suficiente, para un proyecto emancipador basado tanto en el respeto de los ecosistemas como en la justicia social y ambiental, y en la liberación del ser humano.

En este contexto, la ecología política se enfrenta por lo menos a los siguientes retos que tendrá que ir solventando para hacer realidad su proyecto (Marcellesi, 2011b):

- La democracia de la autolimitación: establecer límites a nuestro consumo y distribuir los pedazos de naturaleza que corresponden a cada uno y una según principios de justicia ambiental, y sobre todo de forma ordenada y asumida por todos y todas, plantea un reto de gran magnitud para la *res publica*. Supone definir procesos o herramientas democráticos que permitan decidir, de forma colectiva y teniendo en cuenta unos recursos limitados, las necesidades y los medios para su satisfacción.
- La democracia de los sin voz: se trata de diseñar nuevos sistemas y mecanismos democráticos que posibilitan la representación de dos categorías principales: los seres humanos que viven en tierras lejanas como en los países del Sur o que todavía no han nacido como las generaciones futuras, y el resto de seres vivos y no vivos.
- La democracia *glocal*: desde su creación, los movimientos ecologistas defienden que para “pensar global” hay que “actuar local” y “actuar global”. Se establece de esta manera una danza dialéctica entre dos dinámicas desde lo local y desde lo global; el reto descansa en articular la complejidad de ambas dimensiones, tanto desde las instituciones como desde los movimientos sociales<sup>24</sup>.

La democracia de la urgencia ecológica: la democracia supone procedimientos complejos y alargados en el tiempo para poder participar, decidir y articular a una multitud de agentes con intereses múltiples a diferentes niveles locales, regionales y mundial. Al mismo tiempo, existe

<sup>24</sup> La *Great Initiative Transition* propone de hecho una triple dinámica: “Desde abajo: las responsabilidades deberán desplazarse hacia los niveles locales dentro del espíritu de subsidiariedad y participación. Desde arriba: las crecientes necesidades de gobernabilidad global desplazarán una parte mayor de la toma de decisiones al contexto internacional. Desde los lados, los negocios y la sociedad civil se convertirán en socios más activos de la gobernabilidad” (Raskin *et al.*, 2002: 54).

un ultimátum ecológico y por tanto una “cuenta atrás” para tomar decisiones fundamentales, *so pena* de una desaparición brutal de cualquier ideal democrático. Esta contradicción entre tiempo necesario y tiempo disponible para arreglar la crisis ecológica está en el centro de atención para conseguir una transición socio-ecológica exitosa.

#### 4. La ecología política en el tablero socio-político

Desde la aparición del movimiento ecologista en la escena mediática, numerosos pensadores y teóricos discuten su posicionamiento en el tablero político heredado de la oposición entre izquierda y derecha, entre trabajo y capital<sup>25</sup>. Dada la estructuración e institucionalización del movimiento verde en Europa (empujadas por una europeización más intensa del espacio político), la dinámica de unión de este movimiento en el Estado español en busca de un espacio propio<sup>26</sup> y el amplio debate ideológico en el seno del ecologismo político y social –a nivel local, europeo y mundial– acerca del margen de actuación dentro del sistema capitalista, el debate sigue abierto.

Para aportar una piedra a la reflexión, es necesario primero plantear un modelo básico de análisis. Mientras que en España se siguen clasificando las teorías y fuerzas políticas según un eje tradicional y unidimensional (derecha/izquierda), los anglosajones utilizan a menudo un esquema bidimensional basado en el eje clásico –de corte económico– izquierda/derecha y otro eje de corte social autoritario/libertario. Esta primera distinción permite resaltar unos matices o semejanzas relevantes sobre orientaciones ideológicas que se suelen confundir o alejar de forma abusiva en el eje unidimensional<sup>27</sup>. Si bien queda patente que es

<sup>25</sup> Véase por ejemplo la valiosa aportación de Valencia, ed. (2006).

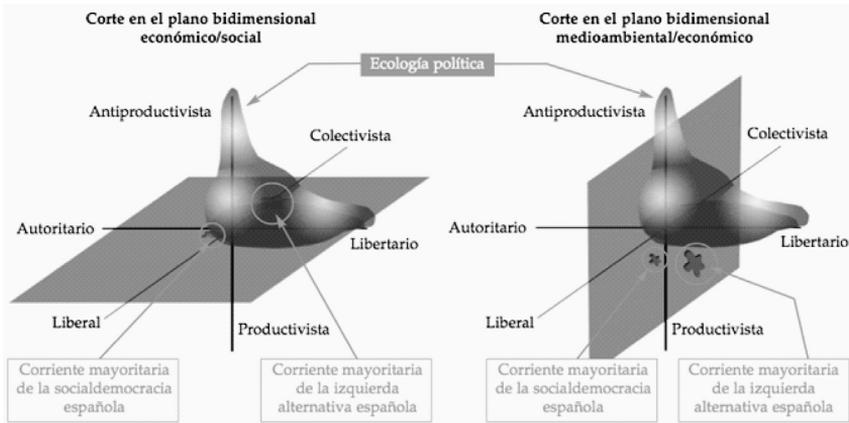
<sup>26</sup> Aquí me refiero concretamente a la irrupción de Equo en el panorama político como confluencia de la Fundación Equo, de la Coordinadora Verde y de más de 30 partidos verdes, poniendo fin a un ciclo de división endémico y de falta de liderazgo.

<sup>27</sup> Principalmente, en tales análisis, observamos por un lado la confluencia entre sistemas totalitarios, ya que el autoritarismo (véanse Pol Pot o Stalin) no es únicamente una consecuencia de ideologías de “derechas”, y por otro lado la creciente cercanía entre ideologías de los principales partidos en el poder en las sociedades occidentales. Más allá de los discursos y etiquetas de cada cual, las comparaciones (por ejemplo, entre los diferentes partidos de izquierdas en el mundo) podrían dar un resultado sorprendente. Seguramente la “Izquierda” (y por tanto el eje izquierda/derecha), más que un concepto bien definido hoy en día, se sustenta en un imaginario colectivo histórico que no refleja la diversidad del panorama ideológico. Véase más información en: <http://www.politicalcompass.org/analysis2>.

necesario superar el análisis unidimensional, la crisis ecológica requiere también la superación del análisis bidimensional y la construcción de un esquema tridimensional. De hecho, con la llegada del ecologismo en el terreno sociopolítico y la necesidad de tener en cuenta también los aspectos medioambientales, este tercer eje corresponde a la dialéctica fundamental planteada por la ecología política entre productivismo y antipproductivismo. Dada la magnitud de la crisis ecológica y si se considera que la oposición entre capital y trabajo ya no es tan determinante (más bien podríamos hablar de oposición entre capital y vida) y que lo crucial es la cuestión de la orientación de la producción, postulo que *el eje productivista/antipproductivista se convierta en un eje estructurante y diferenciado*. De hecho, desde una perspectiva ecologista fuerte, no supone diferencia apreciable quién posea los medios de producción, “si el proceso de producción en sí se basa en suprimir los presupuestos de su misma existencia” (Dobson, 1997: 55).

Ahora bien, tratemos de ubicar en este escenario tridimensional la ecología política (véase a modo de resumen la figura abajo), ideología que tal y como ha sido definida en este artículo aporta una visión crítica, transformadora y global y que vincula permanentemente los aspectos ecológicos y sociales. Primero, al luchar por una sostenibilidad fuerte –su identidad fundadora y federadora–, la ecología política se sitúa sin ningún tipo de duda en el lado antipproductivista del eje productivismo/antipproductivismo. Segundo, tal y como hemos visto, la ética de la liberación, la lucha por la emancipación y las referencias continuas a la *autonomía* y libre producción individual están en el corazón de la ecología política. Al defender la participación desde lo local, el empoderamiento personal y comunitario, y al criticar el papel de las autoridades jerárquicas o burocráticas del Estado –y su injerencia en la vida de su ciudadanía– y de las instituciones esclavizantes denunciadas por Illich, tiende a inclinarse por tanto hacia el eje “libertario”. En este contexto, donde se entremezclan raíces anarquistas (Bookchin, 1988), existen puntos de conexión tanto con la izquierda libertaria como con la matriz liberal –y la consiguiente importancia de los derechos individuales–, siempre contrarrestado sin embargo por la noción de solidaridad.

**Figura 1. La ecología política en el escenario tridimensional**



Fuente: Elaboración propia.

En cuanto al eje económico izquierda/derecha, no se puede llegar a una conclusión tajante, dado el amplio abanico de posturas actuales en la familia ecologista. Si se admite que el ecologismo en Europa, y por tanto sus propuestas económicas, puede variar desde el ecosocialismo hasta el ecoliberalismo, puede considerarse a menudo la economía ecológica como un objeto difícil de identificar y ubicar para los economistas. Se podría avanzar que la economía desde un punto de vista ecologista tiende a rechazar al mismo tiempo las tesis neoliberales y el marxismo ortodoxo, sin descartar por dogma y principios cualquiera de sus aportaciones o cualidades. Así, además de plantear la imprescindible necesidad de regulación de la economía y del mercado y “una planificación descentralizada”, René Passet suele escribir que el mercado posee dos virtudes: por un lado, su cualidad de “liberador y catalizador extraordinario de iniciativas individuales” y, por otro, una impresionante aptitud para multiplicar los centros de decisión que le confiere una gran “capacidad de adaptación” (2001). La búsqueda de una tercera vía entre colectivismo y liberalismo es constante. Y por lo menos se asienta en un principio de la bioeconomía: un subsistema no puede regular un sistema que lo engloba. En este marco se plantean varias propuestas, con muchos puntos de encuentro y a veces disensos internos fuertes, como el decrecimiento y “la descolo-

nización del imaginario colectivo” (Latouche, 2008), la prosperidad sin crecimiento (Jackson, 2011), el *New Deal* verde<sup>28</sup> que preconiza –desde una visión neo-keynesiana que emula el *New Deal* de Roosevelt para salir de la crisis de 1930– una fuerte inversión en la seguridad energética, las infraestructuras que reducen las emisiones de carbono, las “industrias ambientales” y la protección ecológica, o una “economía verde” que a través de una economía plural con mercado (y no “de mercado”) alcanza el decrecimiento de la huella ecológica, no cae en la trampa del efecto rebote y garantiza la igualdad y la solidaridad (Canfin, 2006). En todos los casos, los postulados ecologistas en materia económica intenta escapar tanto de la lógica del mercado como de la lógica público-estatal a través por ejemplo de la “economía solidaria y social” (Lipietz, 2002), de la relocalización de la economía (y sus proyectos asociados: monedas locales, bancos de tiempo, circuitos cortos de consumo y producción como los grupos de consumo, cooperativas de energía o de vivienda, etc.), de la “economía de la gratuidad” (Gorz, 1997) y del refuerzo de los proyectos comunitarios (es decir por ejemplo la gestión de lo común, que no se puede confundir con la defensa de lo público-estatal). Por último, al criticar la sociedad industrial del trabajo asalariado y la huida hacia delante del productivismo a través del triángulo “producción, empleo, consumo” (Roustant, 2003), el ecologismo –aunque no de forma unánime–<sup>29</sup> cuestiona la meta del pleno empleo en clara contradicción no sólo con el capitalismo dominante sino también con muchos de los planteamientos de los sindicatos y los movimientos de izquierdas tradicionales. Esta crítica a la sociedad del trabajo subyace también en la voluntad de reducir la jornada laboral y repartir el trabajo, o de desconectar de manera más o menos radical la renta y la contribución productiva. De esta manera se puede explicar que las formaciones ecologistas están en la primera fila de las fuerzas políticas que han mostrado en los países industrializados un interés manifiesto –lo que no significa consenso interno– por la renta básica de ciudadanía (Parijs y Vanderborght, 2006: 115-118)<sup>30</sup>.

<sup>28</sup> Véase por ejemplo las visiones de Lipietz (2012) o del Partido Verde europeo sobre el *Green New Deal*: <http://www.economiaverde.org/blog/?p=61>.

<sup>29</sup> El Partido Verde europeo, en su documento *A green economic vision of Europe*, ha llegado a un compromiso de superación del objetivo de “pleno empleo” hacia la “plena actividad”.

<sup>30</sup> Mientras el Partido Verde europeo sigue sin tomar una posición clara al respecto, partidos como el finlandés, francés o austriaco apuestan por la renta básica y otros muestran su rechazo (Países Bajos) o su fuerte división interna (Alemania). En España, la organización Equo se ha posicionado a favor de la renta básica de ciudadanía.

Estas diferentes brechas abiertas por el ecologismo son estructuralmente un ataque al sistema capitalista basado en la acumulación, el fetichismo de las mercancías y la explotación del trabajo asalariado, lo que lo aleja de las teorías neoclásicas dominantes. Al mismo tiempo, por su rechazo al dogma del crecimiento y aunque puede converger en análisis teóricos o instrumentos prácticos, el ecologismo político representa una matriz ideológica independiente de las corrientes socialistas o keynesianas. Al fin y al cabo, la ecología política hereda, sintetiza y supera –según el principio de que el todo es mayor que la suma de sus partes– tres valores que aportaron respectivamente el liberalismo político, el socialismo<sup>31</sup> y el antiproductivismo en diferentes periodos de estos últimos tres siglos: la autonomía (del individuo o de la comunidad para decidir su propio camino), la solidaridad (dentro de la comunidad para no dejar a nadie excluido de este camino) y la responsabilidad (hacia los países del Sur, las generaciones futuras, el planeta y los demás seres vivos para que a su vez puedan decidir su propio camino).

Dada la existencia de un cuerpo ideológico coherente que ocupa un lugar original en el análisis tridimensional del tablero socio-político, considero por tanto que existe un *modelo autónomo de ecología política*. Frente a la crisis ecológica y de civilización, la ecología política es una nueva matriz transformadora adaptada a los retos actuales, la “nueva esperanza” para el siglo XXI para que la especie humana se proteja de sí misma y sobreviva en condiciones decentes, en el Norte y en el Sur, en el presente y en el futuro.

<sup>31</sup> Al igual que la corriente ecosocialista, no nos referimos a las variantes burocráticas, productivistas, estatistas o totalitarias del socialismo (como el estalinismo) sino a sus variantes descentralizadoras, no autoritarias o utópicas.

## Referencias bibliográficas

- BERMEJO, R. (2007): “El paradigma dominante como obstáculo para la sostenibilidad. La transformación epistemológica y paradigmática de la economía sostenible”; en *Ekonomiaz. Revista Vasca de Economía* (64); pp. 36-71.
- BERMEJO, R. (2008): *Un futuro sin petróleo. Colapsos y transformaciones socioeconómicas*. Madrid, Los Libros de la Catarata.
- BOOKCHIN, M. (1988): (1999): *La ecología de la libertad: el surgimiento y la disolución de la jerarquía*, Móstoles, Nossa y Jara.
- BOOKCHIN, M. (1999): *La ecología de la libertad: el surgimiento y la disolución de la jerarquía*. Móstoles, Nossa y Jara.
- BOUTAUD, A. (2007): “Développement durable et démocratie. Le nécessaire renouvellement des institutions publiques”; en *Futuribles* (329).
- CANFIN, P. (2006): *L'économie verte expliquée à ceux qui n'y croient pas*. Les Petits Matins.
- CARPINTERO, Ó. (1999): *Entre la economía y la naturaleza. La controversia sobre la valoración monetaria del medio ambiente y la sustentabilidad del sistema económico*. Madrid, Los Libros de la Catarata.
- CHICHE! (1996): *Pour une révolution lente*. Disponible en [http://www.chicheweb.org/spip.php?article2&var\\_recherche=r%E9volution%20lente](http://www.chicheweb.org/spip.php?article2&var_recherche=r%E9volution%20lente).
- CMMAD (COMISIÓN MUNDIAL DEL MEDIO AMBIENTE Y DEL DESARROLLO) (1988): *Nuestro futuro común [Informe Brundtland]*. Madrid, Alianza Editorial.
- COHN-BENDIT, Daniel (2008): Entrevista en *Télérama* (3037). Disponible en [http://www.telerama.fr/monde/26951-oubliez\\_mai\\_68\\_grand\\_entretien\\_avec\\_daniel\\_cohn\\_bendit.php](http://www.telerama.fr/monde/26951-oubliez_mai_68_grand_entretien_avec_daniel_cohn_bendit.php).
- COHN-BENDIT, D. y MENDILUCE, J. M. (2000): *Por la tercera izquierda*. Barcelona, Planeta.
- DEGANS, F. (1984): “Qu'est-ce que le productivisme?”; en LES VERTS: *Textes fondateurs des Verts*.

- DOBSON, A. (1997): *Pensamiento político verde, una nueva ideología para el siglo XXI*. Barcelona, Paidós Ibérica.
- ELLUL, J. (1977): *Le système technicien*. París, Calmann-Lévy.
- ETXEBERRIA, X. (1994): *La ética ante la crisis ecológica*. Bilbao, Bakeaz (Cuadernos Bakeaz, 5).
- EUROPEAN G. (2006): *The Charter of the European Greens: European Green Party Guiding Principles*. Disponible en [http://www.europeangreens.org/cms/default/rubrik/9/9341.the\\_charter\\_of\\_the\\_european\\_greens.htm](http://www.europeangreens.org/cms/default/rubrik/9/9341.the_charter_of_the_european_greens.htm).
- FERNÁNDEZ, J. (1999): *El ecologismo español*. Madrid, Alianza Editorial.
- GARTON, P. (2008): “¿Qué piensan los partidos verdes?”; en *¿Se necesita una ideología verde? Cogito*.
- GEORGESCU-ROEGEN, N. (1996): *La Ley de la Entropía y el proceso económico*. Madrid, Fundación Argentaria.
- GORZ, A. (1982): *Ecología y política*. Barcelona, El Viejo Topo.
- GORZ, A. (1997): *Miserias de lo presente, riqueza de lo posible*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- GORZ, A. (2006): “L’écologie, une éthique de la libération”; en *EcoRev’ Revue Critique d’Écologie Politique* (21).
- GORZ, A. (2008a): *Carta a D*. Barcelona, Paidós Ibérica.
- GORZ, A. (2008b): “Le travail dans la sortie du capitalisme”; en *EcoRev’ Revue Critique d’Écologie Politique* (28). Disponible en castellano en <http://www.ecopolitica.org/>.
- GRINEVALD, J. (1996): “Prólogo”; en Nicholas GEORGESCU-ROEGEN: *La Ley de la Entropía y el proceso económico*. Madrid, Fundación Argentaria.
- ILlich, I. (2006): *Obras reunidas* (rev. Valentina Borremans y Javier Sicilia). México, Fondo de Cultura Económica, vols. I y II.
- IPCC (GRUPO INTERGUBERNAMENTAL DE EXPERTOS SOBRE EL CAMBIO CLIMÁTICO) (2007): “Resumen para Responsables de Políticas”; en *Cambio climático 2007: Impactos y Vulnerabilidad. Contribución del*

- Grupo de Trabajo II al Cuarto Informe de Evaluación del IPCC.* M. L. PARRY; O. F. CANZIANI; J. P. PALUTIKOF; P. J. VAN DER LINDEN y C. E. HANSON, eds., Cambridge University Press, Cambridge, Reino Unido.
- JACKSON, T. (2011): *Prosperidad sin crecimiento. Economía para un planeta finito.* Encuentro Intermón Oxfam-Icaria.
- JONAS, H. (1995): *El principio de responsabilidad: ensayo de una ética para la civilización tecnológica.* Barcelona, Herder.
- KELLY, P. et al. (1983): *Manifiesto de Tenerife.*
- LATOUCHE, S. (2008): *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?* Barcelona, Icaria.
- LAGI M., BERTRAND, K. y BAR-YAM, Y. (2011): *The food crises and political instability in North Africa and the Middle East.* Cornell University Library. Disponible en <http://arxiv.org/abs/1108.2455>
- LES VERTS (1984): *Textes fondateurs.*
- LIPIETZ, A. (2000a): “L’écologie politique, remède à la crise du politique?”; en *AGIR* (3).
- LIPIETZ, A. (2000b): “Qu’est-ce que l’écologie politique?”; ponencia presentada en Saint-Denis (Francia), disponible en <http://lipietz.net/spip.php?article212>
- LIPIETZ, A. (2002): *¿Qué es la ecología política? La gran transformación del siglo XXI.* Santiago de Chile, Instituto de Ecología Política.
- LIPIETZ, A. (2008): “André Gorz et notre jeunesse”; en *Multitudes* (31); pp. 163-169.
- LIPIETZ, A. (2012): *Green Deal. La crise du libéral-productivisme et la réponse écologiste.* La Découverte.
- LÓPEZ, M. H. (2010): *Cuando el olmo pide peras. El insostenible consumo energético del sistema alimentario.* Asociación Catalana de Ingeniería Sin Fronteras.
- LOS VERDES MUNDIALES (2001): *Carta de Canberra.*

- MARCELLESI, F. (2008a): “Nicholas Georgescu-Roegen, padre de la bioeconomía”; en *Ecología Política* (35); pp. 143-144.
- MARCELLESI, F. (2008b): *Ecología política: génesis, teoría y praxis de la ideología verde*. Bakeaz.
- MARCELLESI, F. (2011a): “La energía nuclear ante Fukushima”; *El Correo*, 17 de marzo de 2011
- MARCELLESI, F. (2011b): “Las deudas ecológicas de la democracia moderna”; en *Ecología Política* (42).
- MARCELLESI, F. (2012): *Cooperación al posdesarrollo. Bases teóricas para la transformación ecológica de la cooperación al desarrollo*. Bakeaz, Bilbao.
- MARCELLESI, F. y URRESTI, A. (2012): “Fracking: una fractura que pasará factura”; en *Ecología Política*, 43.
- MARTÍNEZ ALIER, J. (2005): *La ecología de los pobres*, Barcelona, Icaria.
- MARTÍNEZ ALIER, J. y SCHLÜPMANN, K. (1991): *La ecología y la economía*, México, Fondo de Cultura Económica.
- PARIJS, P. Van y VANDERBORGH, Y. (2006): *La renta básica, una medida eficaz para luchar contra la pobreza*. Barcelona, Paidós Ibérica.
- PASSET, R. (2001): *La ilusión neoliberal*. Barcelona, Debate
- PNUD (2007): *Informe sobre Desarrollo Humano 2007-2008. La lucha contra el cambio climático: solidaridad frente a un mundo dividido*, Madrid, Mundi-Prensa. Disponible en <http://hdr.undp.org/en/reports/global/hdr2007-2008/chapters/spanish/>.
- PRIGOGINE, I. y STENGERS, I. (1983): *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Madrid, Alianza Editorial.
- RIECHMANN, J. (1995): “Desarrollo sostenible: la lucha por la interpretación”; en RIECHMANN, J.; NAREDO, J. M.; BERMEJO, R.; ESTEVAN, A.; TAIBO, C.; RODRÍGUEZ MURILLO, J. C. y NIETO, J.: *De la economía a la ecología*. Madrid, Trotta; pp. 11-35.
- RIECHMANN, J. (2008): *Biomímesis. Ensayo sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*. Madrid, Los Libros de la Catarata.

- ROSTOW, J. (1961): *Las etapas del crecimiento económico*. México, Fondo de Cultura Económica.
- ROUSTANG, G. (2003): “Rompre le triangle production-emploi-con-sommation”; en MERLANT, P. y ROBIN, J.: *Sortir de l'économisme*. Ivry-sur-Seine (Francia), Les Éditions de l'Atelier.
- VALENCIA, Á., ed.(2006): *La izquierda verde*. Barcelona, Icaria.
- VERNADSKY, V. I. (1997): *La biosfera*. Madrid, Fundación Argentaria.
- VILLALBA, B. (2005): “Rachel Carson, un engagement scientifique et littéraire”; en *EcoRev'. Revue Critique d'Écologie Politique* (21).
- VILLALBA, B. (2007): “Ivan Illich, une critique écologiste des institutions”; en *EcoRev'. Revue Critique d'Écologie Politique* (21). Disponible en castellano en <http://www.ecopolitica.org/>.
- VIVERET, P. (2002): *Reconsidérer la richesse*. París, Secrétariat d'État à l'Économie Solidaire.
- WWF (2012): *Informe Planeta Vivo 2012. Biodiversidad, biocapacidad y propuestas de futuro*. Madrid, WWF España.